

El terrorismo como palabra y acción. Complejizar el objeto para entender las dinámicas de los conflictos contemporáneos

ANDRÉS FRANCISCO OLIVAR ROJAS¹

Artículo recibido el 4 de octubre de 2014, aprobado para su publicación el 28 de noviembre de 2014

Resumen

El artículo aborda la temática en torno del terrorismo como categoría política, extendida en gran medida a raíz de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos. En ese sentido, se problematiza el concepto contrastando dos aproximaciones teóricas al terrorismo: *accountability*, o la demanda por justicia para los agresores terroristas, y *systemic prevention*, o el abordaje complejo del terrorismo, que ahonda en sus motivaciones y características. Posteriormente, se plantea la relación entre medios de comunicación y el uso de la palabra terrorista, teniendo en cuenta las implicaciones políticas del uso de este término, en la medida que su empleo puede llevar a la simplificación para la opinión pública de los motivos reales de los conflictos armados actuales, particularmente en Colombia.

Palabras claves: terrorismo, *accountability*, *systemic prevention*, fundamentalismo islámico, medios de comunicación.

Terrorism as a word and action. Complexify the object to understand the dynamics of contemporary conflicts

Abstract

The article discusses the issue about terrorism as a political category, extended largely due to the attacks of September 11, 2001 in the United States. In that sense, the concept is analyzed by contrasting two theoretical approaches to terrorism: *accountability*, or the demand of justice for the terrorist aggress-

1 Comunicador Social-Periodista, Corporación Universitaria Minuto de Dios, UNIMINUTO, Centro Regional Girardot. Magíster en Estudios Políticos, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Profesor de la Corporación Universitaria Minuto de Dios, UNIMINUTO, Centro Regional Girardot. Correo electrónico: aolivar@uniminuto.edu

sors, and *systemic prevention*, or the complex approach to terrorism, which goes deep into their motivations and characteristics. Subsequently, it is stated that the relationship between the media and the use of the word terrorist, considering the political implications of the use of this term, to the extent that their use can lead to simplification for the public in the real reasons of today's armed conflicts, particularly in Colombia.

Keywords: terrorism, accountability, systemic prevention, Islamic fundamentalism media.

*"You can go and kill every one of their terrorists and hang bin Laden in front of the White House and you still have not solved the problem, and you probably have created hundreds of new terrorists. So you could win tactically, and lose strategically"*².

Coronel Richard Dunn

En febrero de 2002 un grupo de intelectuales estadounidenses, integrado, entre otros, por Francis Fukuyama y Samuel Huntington, escribió un persuasivo manifiesto guerrero titulado "¿Por qué luchamos?". En él, los académicos hicieron gala del naturalismo que aún invade las decisiones sobre la guerra y la paz en el mundo, y reencaucharon la política del Gran garrote propuesta por Theodore Roosevelt cuando despuntaba el siglo pasado. Cien años después, Estados Unidos reclamaba para sí la salvaguarda de los valores que forjaron la civilización occidental, esta vez declarándole la guerra al "terrorismo" que destruyó los símbolos por antonomasia de la cultura democrático-liberal y capitalista del hemisferio: el Centro Mundial de Comercio y el Pentágono.

Todas las personas poseen una dignidad humana innata como derecho de nacimiento, y por lo tanto toda persona debe ser tratada como un fin y no ser utilizada como un medio. Los fundadores de Estados Unidos, inspirados en la tradición de la ley natural, así como en la reivindicación religiosa básica de que todas las personas son creadas a imagen de Dios, afirmaron como "autoevidente" la idea de que todos los seres humanos poseen igual dignidad. La más clara expresión política de una creencia en la dignidad humana transcendente es la democracia (Aird, et.al, 2002, p. 80).

Partiendo del anterior argumento, no termina por aclararse en qué punto el fundamentalismo islámico causante de la tragedia del 9/11 es inferior o "peor" que el naturalismo expuesto en el manifiesto citado. No es el objetivo de esta reflexión explicar los motivos que pudieron

2 "Puedes ir y matar cada uno de los terroristas y colgar a Bin Laden al frente de la Casa Blanca. No habrás resuelto el problema, y probablemente habrás creado cientos de nuevos terroristas. Entonces, tácticamente ganaste, pero estratégicamente perdiste".

llevar al islam radical a cometer los actos del 9/11, pues sería necesario emplear marcos de referencia como el “choque de civilizaciones” o, incluso, inagotables debates teológicos. Ambas propuestas teóricas desbordan el centro de este trabajo. Entonces, se empleará como principal categoría de análisis el uso del término “terrorismo” y su carácter político, para posteriormente explicar por qué el uso que se le otorga a este vocablo, primordialmente en los medios masivos de comunicación, simplifica la compleja realidad y no contribuye a asimilar en toda su extensión el conflicto inmediato que vive el mundo contemporáneo.

Giovanna Borradori (2003, p. 94), citando a Habermas, afirma:

Vincular el alcance del terrorismo al cumplimiento de sus metas ofrece la posibilidad de distinguir entre al menos tres diferentes tipos de terrorismo: guerra de guerrillas no discriminativa, guerra de guerrillas paramilitar y terrorismo global. La primera está representada por el terrorismo palestino, en el cual el asesinato es llevado a cabo a menudo por un militante suicida. El modelo de guerra de guerrillas es propio de los movimientos de liberación nacional que se legitiman retrospectivamente mediante la formación de un Estado. El tercero, el terrorismo global, no parece tener objetivos políticos realistas distintos a explotar la vulnerabilidad de sistemas complejos. En este sentido, el terrorismo global tiene la menor oportunidad de que se le reconozca retrospectivamente como algo que tenía pretensiones políticas.

La palabra “terrorismo” y sus variables lingüísticas se pusieron de moda a raíz del 9/11. Ese momento marca un punto de inflexión que resulta trascendental en el análisis de conflictos armados: cualquier grupo levantado en armas, perteneciente ya fuera al primer o segundo grupo de los que habla Borradori, fue puesto en el mismo saco con al-Qaeda, sin importar sus motivaciones primeras ni sus intenciones finales. Cualquier grupo armado fuera de la ley se mueve, siguiendo a Paul Collier, por razones meramente depredadoras, por pura subsistencia económica. Así, por ejemplo, las Farc, Eta y al-Qaeda representarían lo mismo en sus intenciones y motivaciones.

Terrorismo, ¿político?

Ubíquese el debate desde la perspectiva planteada por John Paul Lederach, quien postula dos líneas de abordaje del terror: *accountability*, o la responsabilidad jurídica del agresor “terrorista”, y *systemic prevention*, o la posición de análisis holístico del “acto terrorista”, según la cual éste no surgió espontáneamente, sino que tiene causas profundas que deben ser reveladas y explicadas lejos del maniqueísmo reduccionista.

Accountability is framed as immediate action aimed at the arrest and punishment of the perpetrators of the violence. September 11 is seen as a crime, an act of war, and aggression requiring an equally aggressive response (...) On the other hand, systemic prevention advocates argue that the phenomenon of terrorism did not happen overnight and has a significant history. They would say that we are caught in a cycle with important and repeating patterns and

characteristics. Our actions must be gauged at destroying the cycle, a process that will require time (Lederach, 2001)³.

Este salto cualitativo planteado por Lederach implica una vuelta de tuerca en el análisis del terrorismo. En sintonía con Habermas, quien afirma que, dado que el enemigo es indefinible, y que esta nueva guerra contra el terror no se libra contra un Estado formal, Lederach propone conocer los matices del terrorismo y redefinir la normatividad para tener resultados pragmáticos concretos. Según Habermas, un personaje como Abu Bakr al-Baghdadi—líder del Estado Islámico, la nueva amenaza del fundamentalismo islámico para Occidente— es sólo un símbolo, no un Estado—nación fácilmente identificable, y por ello las relaciones internacionales y el derecho formal ya no resultan útiles para afrontar la amenaza. Se impone, entonces, una reinvención del Derecho Internacional y un urgente diálogo intercultural, necesario para entender conceptos como el fundamentalismo.

Fundamentalista tiene una acepción peyorativa. Con ese calificativo designamos una actitud espiritual que se empeña en la imposición de convicciones y de razones propias aun cuando ellas están lejos de ser aceptadas generalmente (...) El furioso recurso fundamentalista a una postura de fe a la que la época moderna no le ha hecho ver la necesidad de un proceso de aprendizaje autorreflexivo, de una diferencia respecto de una concepción del mundo separada de la política, extrae su plausibilidad justamente de la circunstancia de que ese recurso se alimenta de una sustancia que parece faltarle a occidente. El mundo occidental sale al encuentro de otras culturas únicamente con el excitante y banalizador carácter irresistible de una cultura de bienes de consumo (Borradori, 2003, pp. 60, 63).

Entender esa otra cultura puede impedir que la lucha contra el terrorismo caiga en la caricatura que Benjamin R. Barber llama “McWorld”. Es la posición arrogante de “están conmigo o están contra mí”. Es la imposición de verdades universales de la superpotencia. Teniendo en cuenta estas dos perspectivas, el no-diálogo intercultural y la demanda de *accountability* (responsabilidad jurídica), se impone en el escenario una ruta que incluya ambos aspectos. Se visualiza una salida: entender que existe dependencia entre la responsabilidad jurídica y el diálogo intercultural. Pero éste debe ser primero un diálogo indirecto, que inicie como monólogo y como autocrítica. La democracia liberal que pretende exportar Estados Unidos, o mejor dicho, el “McWorld”, no puede ni debe ser llevada a todos los rincones del mundo porque, de esta forma, el concepto mismo de democracia se pervierte y se cosifica. “La guerra preventiva orientada hacia los Estados es el progenitor menos probable de la democracia (...) Cuando los valores de Disney se convierten en sinónimo de la ética de la libertad y cuando el concepto de

3 La responsabilidad se enmarca desde la acción inmediata, dirigida al arresto y al castigo de los perpetradores de la violencia. Los atentados del 11 de septiembre son vistos como un crimen, un acto de guerra y una agresión que demanda una respuesta igualmente agresiva. Por otro lado, la prevención sistémica argumenta que el fenómeno del terrorismo no ocurrió de la noche a la mañana, y que tiene una historia significativa. Se diría que estamos atrapados en un ciclo con patrones y características repetitivos. Nuestras acciones deben contemplar el proceso de destrucción de dicho ciclo, proceso que requerirá tiempo.

consumidor se identifica con el de ciudadano, la democracia auténtica se descarrila” (Barber, 2003, pp. 137, 146). El moralismo de los intelectuales que escribieron el manifiesto guerrero apela a la libertad como permanente rueda de auxilio retórica, ignorando los reales intereses de los Estados Unidos escondidos en su cruzada. Esto es bien sabido, no se insistirá en ello.

En términos más propositivos, Lederach y Habermas enfocan la discusión en el reconocimiento de factores que alimentan el terrorismo, lo cual contribuye a promover el diálogo, que como ya he dicho, no es necesariamente directo. Es francamente difícil imaginar una conversación entre al-Baghdadi y Barack Obama. Por ello, una forma de empezar a entender las motivaciones del terrorismo es alimentando el diálogo entre los actores de una de las partes, en este caso la “agredida” en primer lugar, los Estados Unidos. Entiéndase “agredida” en términos físicos, y desde la perspectiva occidental, puesto que el fundamentalismo islámico, según su perspectiva geopolítica, tiene muchas razones⁴ que la lleven a asumirse como “agredidos”, teniendo como primera razón la “infidelidad”, encarnada en la “decadencia de la sociedad occidental”.

Por otra parte, es imperativo asumir el terrorismo como un acto político. Según Habermas, el fundamentalismo islámico tiene motivos políticos porque “muchos de los terroristas que hoy se embarcan en la ‘guerra santa’ fueron hasta hace pocos años nacionalistas seculares. El terrorismo merece interés público y demanda otro tipo de análisis que el que exige el asesinato por celos, por ejemplo⁵. La diferencia entre terror político y crimen común se hace clara en los cambios de regímenes que llevan al poder a antiguos terroristas y los convierten en respetados representantes de su país. A semejante transformación política sólo pueden aspirar terroristas” (2003, p. 38) (y no criminales comunes).

Sin embargo, el término terrorismo es vago y confuso. Se puede concluir que debe tener validez política dado que es necesario conocer todas sus particularidades y motivaciones, que aunque enraizadas en lo religioso (en cuanto al fundamentalismo islámico), apuntan a subvertir el orden político, social, económico y cultural. En ese sentido, el fundamentalismo islámico deviene en discurso contra-hegemónico, y según Kalyvas (2009, p. 211),

El islam radical es hoy en día el único movimiento revolucionario mundial (...) El islam radical combina, de manera única hasta ahora en la era de la pos-Guerra Fría, un movimiento social transnacional, las creencias revolucionarias, tanto en el sentido de una lucha mundial contra la ideología hegemónica como la disposición a tomar las armas para luchar contra ella, y una doctrina de organización de la guerrilla revolucionaria formulada por Abu Mus’ab al-Suri, el “Che” Guevara de la yihad.

Se revela, entonces, el sentido más político del terrorismo. Si es un discurso contra-hegemónico, ello implica que la lucha pasa al terreno ideológico. El contrario se asumirá, entonces, desde la lógica amigo-enemigo schmittiana. En ese sentido, se debe adoptar una perspectiva de la “guerra contra el terrorismo”, fuera de la confrontación clásica entre Estados-nación.

4 Entre otras, la construcción del Estado de Israel en Medio Oriente.

5 En referencia a la distinción entre terrorismo y crimen común.

Aunque el terrorismo no enfrente la antigua lucha entre dos Estados o más, no por ello deben ignorarse elementos claramente contra-hegemónicos de lucha por el poder.

El terrorismo como acto de habla

Si las palabras representan la realidad de las cosas, y si la realidad es aquello que solo podemos decir, entonces juzgaremos la realidad a partir, únicamente, de lo que se dice, porque lo que se dice es también lo que se hace, de acuerdo con la teoría de los actos de habla de John Austin. Un acto de habla es toda comunicación verbal o extra-verbal que se enmarca dentro de la teoría del lenguaje y la teoría de la acción; es decir, que la palabra, según Austin, es un acto ejecutado en un contexto determinado. Por tanto, la valía de las palabras se sustenta en la realidad que es capaz de producir.

Es pertinente estipular una definición operativa de “terrorismo”. El Diccionario de la *Real Academia de la Lengua Española* define terrorismo como: “1. Dominación por el terror. 2. Sucesión de actos de violencia ejecutados para infundir terror”. Entonces, es claro que el terrorismo es una herramienta empleada para forzar a alguien a pensar o actuar de determinada forma mediante la fuerza y amenazando la vida o la integridad de las personas. El terrorismo es un eficaz disuasivo.

Como término empleado en actividad política, terrorismo aparece por primera vez en la Francia revolucionaria:

La palabra terrorista aparece hasta el siglo XVIII. Robespierre alabó el terror como medio de animar a la virtud revolucionaria y dio paso al Reino del Terror (1793-1794) durante la Revolución Francesa, momento en que surge la palabra terrorismo por primera vez (*terrorisme*, bajo el terror) y se aplica a lo que después se llamará terrorismo de Estado. Ya en el siglo XX, comienza con el atentado terrorista de Sarajevo contra el archiduque Franz Ferdinand en 1914, pero es también la etapa en la que el terrorismo es practicado con notable frecuencia por los Estados mismos uniéndose a las tradicionales prácticas de grupos subestatales. Los ejemplos son numerosos: en Serbia, en la Alemania y la Italia fascistas, en la Segunda Guerra Mundial, bajo el estalinismo o en las dictaduras del Cono Sur latinoamericano se siguieron las huellas del Terror promovido por Robespierre, es decir, el terrorismo de Estado, sin que por ello desaparecieran los casos de terrorismo subestatal. Pero se discute si la palabra terrorista se puede aplicar realmente a los actos promovidos por el Estado o alguna de sus instituciones (gobierno, policía, ejército), tanto en sus actuaciones hacia el interior como en su proyección internacional, que encajen en la definición del DRAE que, por cierto, da por supuesto que sí se puede: el “gobierno que practica el terrorismo” está haciendo, por definición, terrorismo de Estado (Tortosa, 2010).

Las últimas líneas del anterior párrafo son particularmente inquietantes. El terrorismo, sobre todo desde el 9/11, cobró gran valía para la ultraderecha estadounidense, comandada por el entonces presidente George W. Bush. Esa derecha hizo del terror general su caballo de

batalla y emprendió su propia cruzada. “Operación Justicia Infinita” bautizó el Pentágono a la guerra contra el terrorismo, “hasta que alguien les advirtió que sólo Dios puede administrar ‘justicia infinita’” (Kellner, 2002, p. 11). No deja de ser curiosa esa pose de juez cósmico, arrojándose patente de corso para blandir su espada y someter a los “infieltes”. Y no deja de ser paradójico el hecho de que quien supuestamente tiene la autoridad moral, la víctima, iguale su comportamiento al de su agresor. Detalla Kellner al respecto:

Lo que no se observó es que los discursos dominantes de derecha y de la administración Bush, al igual que los de Bin Laden y los islamistas radicales, son fundamentalmente maniqueístas y plantean una oposición binaria entre el bien y el mal, nosotros y ellos, la civilización y la barbarie. Ambas partes asumen que ‘nosotros’ somos los buenos y que ‘los otros’ son los malos, afirmación que hizo Bush en su convicción incesante de que ‘los malhechores’ que hacen ‘malas obras’ serán castigados y que ‘el malo’ será sometido a la justicia, equiparando implícitamente a bin Laden con Satanás (p. 12).

Indudablemente, existe el terrorismo de Estado. Fueron terroristas Pinochet, Videla y Stroessner porque exterminaron a miles de opositores políticos en Chile, Argentina y Paraguay, respectivamente; fue terrorista el gobierno de la China que asesinó a miles de estudiantes en la plaza de Tian’anmen, en Pekín, entre otros ejemplos de terrorismo de Estado.

No cabe duda de que, constitucionalmente, el Estado tiene el monopolio de las armas, por lo tanto, también el de la coerción social. Pero esa coerción tiene como único fin el de mantener el orden y la seguridad, no el de eliminar a quien piensa o actúa diferente de los miembros de las instituciones democráticas. Sobre este punto gira gran parte del debate. Debe entenderse que quienes apelan al terrorismo no son únicamente quienes se declaran enemigos del establecimiento. El terrorismo, finalmente, pasa a ser la violencia del pobre y del marginado. Pero el establecimiento también es terrorista cuando se excede en el uso de la fuerza; cuando, por defender la democracia, avasalla sin mirar cómo ni a quién. Esa homogeneización del pensamiento está respaldada, en mayor o menor medida, por los medios masivos de información, incapaces de complejizar y matizar la dinámica de los conflictos armados. La lógica amigo-enemigo del oficialismo es también la de los medios. Sus relatos son, desde luego, tan simples como desinformadores. En el caso colombiano, el gran pecado de los medios es que sus periodistas parecen no entender las causas del conflicto, por lo cual toda la explicación se circunscribe a plantear el escenario de una recua de “simples terroristas” que se limitan a subvertir la paz y el orden, en coherencia con el discurso imperante de la derecha, según el cual aquí no hay conflicto, sólo un montón de desadaptados que hay que poner en cintura.

Entonces, los relatos de los medios de información no ayudan a superar ese mundo unidimensional que proponía un discurso como el del gobierno Bush –afortunadamente extinto gracias al don impredecible e inimaginable de la democracia, que ahora permitió erigir como mandatario a quien lleva el nombre de Hussein (Obama)–. El temor de los medios a tomar partido en el cubrimiento de estos conflictos los convierte en altoparlantes del oficialismo, y refuerza el miedo a ese otro, brutal y desconocido. “No es tanto un ente o un suceso lo que causa el horror, sino más bien la percepción de la falta de toda adecuación posible con el su-

jeto lo que verdaderamente desemboca en reacciones somáticas y nerviosas del organismo” (Blanco, 2004, p. 6). Y le asiste la razón. Cuando ese otro que ataca es un ente inescrutable, no hay poder humano que lo aborde, por el físico terror a lo desconocido. El medio, entonces, tendrá que superar los miedos y ver cara a cara aquello que tanto daño hace.

Para concluir: desmitificar el adversario

El reduccionismo se alimenta de dos fuentes: el del establecimiento político, que legitima sus actos a través de discursos reduccionistas del fenómeno, y el de los medios masivos, que en aras de la “defensa de la institucionalidad” legitima el discurso oficial. Vale la pena citar a Hollman Morris –en entrevista con La W Radio de Colombia–, hablando sobre por qué es necesario mostrar la otra cara del conflicto, el actor fetichizado, “impredecible y bárbaro”:

(...) Yo no creo que estar en los actos humanitarios, en los actos donde se puede posibilitar el acercamiento entre las partes y menos en los actos donde hay una liberación, uno no deba estar. Yo creo que esos son los que necesitan la mayor visibilidad, el mayor reflejo de las cámaras. Porque estamos hablando de visibilizar la paz. Lo que algunas veces sucede es que nos encanta visibilizar la guerra, y yo creo que así no podemos construir el país que se merecen nuestros hijos, el país que se merecen las próximas generaciones es un país que necesita hablar de paz. Pero para hablar de paz, nosotros los periodistas, y lo digo Julio (Sánchez Cristo, periodista de La W Radio) y se lo digo a todos mis colegas con respeto, tenemos que empezar a mostrar la barbarie de la guerra. Y para mostrar la barbarie de la guerra tenemos que llegar a los rincones de este país donde hay miles de víctimas, del paramilitarismo, de la guerrilla, y lamentablemente de sectores de las Fuerzas Armadas.

Si este país no cae en la cuenta de que hay un conflicto armado, que es bárbaro, nunca vamos a poder hablar de paz. Hay gente en Bogotá y Medellín, ustedes saben, que dicen que en este país no hay guerra. Si no hay guerra es porque no la estamos mostrando. Y los pocos que la mostramos terminamos siendo aliados de la guerrilla. La senadora Piedad Córdoba con razón dice: ‘Ojalá vayan cámaras a la liberación de esta gente.’ Siempre criticamos a las FARC, y hay que criticarlos por sus actos dementes y de barbarie. Pero cuando se comete un acto humanitario, entonces ahí no estamos, ahí no están las cámaras. Porque lo que queremos de fondo es que esta gente salga de las armas y se meta a hacer la política. Y hay que mostrar que esos actos son los actos que necesita el país.

Estos argumentos, dichos hace cinco años, cobran plena validez en la actualidad colombiana. Los diálogos entre Gobierno-Farc elevan a la categoría de interlocutor válido a la subversión. Cerrar filas en torno de los violentos es necesario, pero también hay que mostrarlos para ‘desfetichizarlos’. El miedo al terror se pierde, lo decía líneas arriba, cuando

se le mira de frente y empieza a conocerse, a desmitificarlo. Por supuesto, los secuestros y las masacres de las Farc no son un mito, pero sí es necesario que entren en el juego de la deliberación. Las Farc son parte del paisaje colombiano, y les concede y les alarga su existencia más su invisibilidad que su visibilidad. El periodismo es clave en esa tarea de mostrar a todos los actores del conflicto:

Hoy se escuchan voces, la mayoría de ellas ‘oficiales’, que advierten que en tiempos de guerra el periodismo no puede darse el lujo de ser imparcial, veraz e independiente, exigiéndole tomar partido a favor de las instituciones y de la defensa de la legalidad, contra todo aquello que representa una amenaza a la estabilidad de la democracia. Como si los valores fundacionales del periodismo moderno, asociados a la visibilidad de los asuntos públicos y colectivos, incluyendo aquellos que suscitan debate por lo álgidos y complicados para el futuro de una nación, fueran una concesión para la democracia y no una condición necesaria para su existencia (Signo y Pensamiento, 2002, p. 6).

Si en una democracia los distintos actores políticos no logran su reconocimiento en la agenda pública, en los espacios donde se cristaliza el poder, difícilmente se logrará llegar a consensos que la legitimen. Los señalamientos ideológicos, las estigmatizaciones y los discursos reduccionistas no contribuyen al fortalecimiento de la democracia. “El que se siga acudiendo en nombre del mismo Estado de derecho a la intolerancia del terrorismo de Estado, ora bajo el título de política de ‘seguridad nacional’, ora con la promesa de ‘seguridad democrática’, exige un análisis cuidadoso del sentido mismo de la tolerancia y de su estrecha relación con la moral y la democracia en el contexto de una política, que debería tener su fuerza sólo en procesos deliberativos” (Hoyos Vásquez, s.f). El moralismo intransigente y maniqueo no contribuye a reforzar el espacio comunicativo. Los medios de comunicación deben servir de ágora para el debate de ideas en la democracia, hacer comprender la compleja realidad del individuo en la sociedad. Esa entidad llamada terrorismo se puede encarar y entender si hay un periodismo que lo desmitifica y lo pone a conversar con su adversario.

Referencias

- Aird, E., et.al. (2002, enero-abril). “¿Por qué luchamos?”, en *Análisis Político*, núm. 45, pp. 79-93.
- Barber, B. (2003). *El imperio del miedo: guerra, terrorismo y democracia*. Barcelona: Paidós.
- Blanco, C. J. (2004, noviembre), “Ensayo sobre el terror”, en *A parte rei. Revista de filosofía*, [en línea], año 7, núm. 36, disponible en <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/blanco36.pdf>, recuperado: 09 de octubre de 2014.
- Borradori, G. (2003). *La filosofía en una época de terror. Diálogos con Jürgen Habermas y Jacques Derrida*. Bogotá: Taurus.
- Hoyos Vásquez, G. (s.f), “Ethos mundial: diálogo intercultural en un mundo globalizado”, [en línea], disponible en http://www.javeriana.edu.co/blogs/guillermo_hoyos/files/013-ethos-mundial-di%c3%81logo-intercultural-en-un-mundo.pdf, recuperado: 08 de octubre de 2014.
- Kalyvas, S. (2009, julio-diciembre). “El carácter cambiante de las guerras civiles, 1800-2009”, en *Revista Colombia Internacional*, núm. 70, pp. 193-214.
- Kellner, D. (2002, enero-junio), “El 11 de septiembre. Medios de comunicación y fiebre de guerra”, en *Signo y Pensamiento*, vol. XXI, núm 40, pp. 9-18.

Lederach, J. P. (2001), *Quo vadis? Reframing Terror from the Perspective of Conflict Resolution*, [en línea], disponible en <http://www.mediate.com/articles/lederach2.cfm>, recuperado: 09 de octubre de 2014.

Signo y Pensamiento (2002, enero-junio), "A nuestros lectores" [presentación], vol. XXI, núm. 40, pp. 5-7.

Tortosa, J. M. (2010), "La palabra terrorista", [en línea], disponible en http://www.seipaz.org/2005tortosa.htm#_ftn5, recuperado: 09 de octubre de 2010.